

## 5 POEMAS INÉDITOS DE MANUEL ÁLVAREZ ORTEGA

### EL PUENTE QUE SE EXTIENDE DE UNA EDAD A OTRA

EL puente que se extiende  
de una edad a otra edad, por donde pasa el tiempo  
sin ver, por donde pasamos  
hora a hora, tantos años  
ya, tantos siglos, está ahí, seguro de sus viejos  
maderos, arco único.

Sin embargo, ¿quién se atreve  
a cruzarlo, aunque la claridad  
esté al otro lado, y rodeada por un alto muro  
la casa se ilumine?

Florece la rosa de piedra  
en el zaguán, y, entre el espino resplandeciente,  
sus símbolos nos traen  
el rumor de la lluvia,  
lo que no sabemos dónde se ocultará, el miedo  
del ángel que duerme  
en nuestra cabeza y se niega a posesionarse  
de la habitación.

Viajeros trashumantes, mitos  
por ferias nocturnas o errantes mercados,  
dispuestos estamos a conceder  
la venta de nuestro dominio.

Firmada la ley, lebre  
en su fundación desconocida, vamos  
inscribiendo nuestro nombre en el pergamino  
de su magisterio.

Seremos los centinelas del fuerte,  
donde llora la víctima, y el rey,  
desde la cama, mientras se enfría el desayuno,

dicta la orden de lo oscuro  
entre la seda de las colchas y los ojos que miran  
cómo se configura el pánico  
de su diabólico anillo.

No volveremos más. El ocio  
que promulga el edicto nos salvará  
de la ira, y entre las velas, conocida la verdad,  
murciélagos decapitados, vagaremos  
por el carnaval del insomnio.

### **COMO UN RECORDATORIO QUE NO FUE ESCRITO**

HEMOS puesto nombre  
a este artificio  
que engendra nuestro vivir. Hemos dicho amor y no era  
sino una torpe sustitución  
de maleficios y aventuras  
que estaban escritos en nosotros desde antes de nacer.  
Hemos llamado verdad a este ofertorio  
de sucesos interiores que se alimentan de voces  
nunca oídas, contratiempos  
oscuros, pacíficos venenos.

Ah todo trabajo de la carne  
es un justo impropio en nuestra breve  
temporalidad. Crece el mal  
abriendo compuertas cuyo existir desconocíamos,  
canalizando sus puñales  
en muy distintas direcciones,  
apuntando hacia una víctima que sólo en nosotros  
se configura.

A veces, cuando el calor huye  
de otros cuerpos y nos da la respuesta,  
intentamos asegurar nuestro poder, creamos  
un trópico de maldiciones, y, en esta nueva travesía,  
escribimos el testamento

que muchos siglos después,  
Se alzaré, seguro, con la victoria.

Seré el ser un día  
en su última máscara reconocido,  
y saliendo de los escombros que lo coronan,  
contaré sus oráculos  
de sombra, el beneficio que ha obtenido del préstamo  
en que se constituyó, será de nuevo el muro  
que quiso sustentar, el alba  
antípoda de su memoria,

y en su fugaz etapa, llave  
que la tiniebla apartará, mortal  
perpetuo, como un recordatorio que no fue escrito,  
así el espectáculo de sus mitos  
entre los requiems y las palmas ennegrecidas  
se ofrecerá, y, templo visitado  
por las hormigas, el olvido extenderá el sudario  
que nunca podrá hablar  
de eternidad.

### **EL OJO SE SABE DONDE SE ESCONDE SU MALDAD**

EL ojo sabe donde se esconde su maldad,  
y sin embargo no renuncia a su ley, escala  
cada uno de los relieves que toca,  
dilucida sufrimientos, inventa mentiras, da calor  
al frío universo que con solemnidad  
proclama.

El día, ¿espera ver así la luz  
que compone su vida? ¿Quién conoce ya  
el sonido de sus metales o cae  
en su labiada voz?

Nunca, nunca la aventura  
se decide a cerrar su victoria;  
cree que una dorada voz llegará del espacio

y hablará con su acero  
a lo que niega el silencio.

Pero el tiempo,  
cerrada su leyenda, logra el triunfo,  
es un ave o una aurora invernal,  
cuenta las estaciones  
y a cada movimiento se detiene, sabe escuchar  
una queja, el latido que expresa  
su cinerario adiós.

Ahora, el ojo —no sabemos—  
penetra otra cabeza, juega  
su destino a otra suerte, recorre una galería  
que antaño fue prisión, sabe  
que su duelo desborda la noche, y los signos,  
desprendiéndose, alcanzarán la orilla  
de su carne hecha muerte,

y, sólo así, atento  
como una siempe en su nidal,  
el cuerpo que circunda puede entregarse,  
antes de que las piedras, los láticos o los cuchillos  
pongan en su piel la huella  
de su maldición.

El ojo esconde su maldad  
licuada en su incesante osario giratorio.

## **DE VÉRTIGO A MEDIODÍA HABITADOS, CIEGAS DIVINIDADES**

DE vértigo a mediodía habitados,  
ciegas divinidades de lo desconocido, pan que sentencia  
la caída del rostro,

así vuelven de su viaje por lo oscuro,  
y en medio del desconcierto,  
cuando el dolor queda, emplazan su cábala de pena  
y maldiciones.

El sol, comido por los mitos, se adentra  
en sus bocas, un mar creciente  
se agita en sus cuerpos como un hogar sin llamas ni ceniza  
y al fondo de los años inventa  
el sencillo instrumento que los señalará.

Pero el agua,  
vendándoles los ojos, negándose a su implacable  
movimiento, hará que vuelvan  
a su república de velas y sollozos, modelará su estirpe  
con una música creada para otro infierno:  
un espejo estridente  
que sólo refleja la danza de sus huesos.

Amargo luto son,  
buhoneros del tedio y el desengaño,  
pero el vaho de sus mantos alcanzará la otra orilla  
del mundo, donde están secas las tierras,  
los arados tardíos, el hambre pregonando sus sílabas  
por las puertas, donde el olvido, la ira,  
el golpe del verano y su cuchillo reparten la tristeza  
como un veneno hermoso.

Dormidos astros en su nidal,  
derrotados los días, noche sola la patria,  
un largo río de sangre por su cara circula y el fuego  
en sus dientes se extiende  
como una alfombra mortal.

Pues amen o maldigan, arañas  
del sacrificio son, afilada vejez,  
contraluz de unas máscaras que esculpen sus cicatrices  
y dejan su saliva escrita  
sobre muertos y piedras.

## **SE HIZO LA IMAGEN EN EL ESPEJO**

SE hizo la imagen en el espejo  
y, como anuncio de unas leyes

que nunca nos serían reveladas, vimos la vejez  
oscurecerse bajo la sábana,  
nacer cierto maleficio entre las cosas,  
decir el tiempo adiós  
en nuestra cruz sola.

Arañas las manos, torpe  
penumbra cerrándose en la boca,  
¿qué valía una palabra, un signo, si la hora  
sembraba la ceniza de la muerte?  
¿Qué valía una verdad, la tizne del perdón,  
si el rostro era ya exilio y huía  
perseguido por un coro de sordos, inmortales  
cuchillos?

Quien ha oído abrirse la cerradura  
del dolor, quien ha tocado una frente  
con desesperación y puesto  
el luto de sus años en una piel ardida, sabe  
que, cuando llega el día,  
del amor sólo queda una marca de salitre,  
un negro olvido.

Pues todo amor siempre se rodea  
de mitos y desgracias, siembra su lluvia  
de veneno en nuestra carne o edifica sus ruinas  
para una eternidad que no puede ser obra  
de una posesión  
que nunca se conoce.